

Rosario se frotó los ojos con la intensidad que exigía la mezcla de la incredulidad por la situación y la formalidad del informe que acababa de empezar a leer y que, ostentadamente membreado como "CONFIDENCIAL", reposaba sobre el escritorio. Tuvo la tentación de encender un cigarrillo – aún guardaba una cajetilla en el fondo del cajón superior - pero era la Subdelegada del Gobierno y tenía que dar ejemplo de vida sana a sus conciudadanos. Cádiz había caminado ya dos décadas por el siglo XXI y se había convertido en faro de la salubridad y lo políticamente correcto, y ella no podía dar marcha atrás con sus insanos vicios. Abrió la ventana y se alivió con una profunda bocanada del aire de Febrero que el Poniente le servía salvando las Puertas de Tierra.

Volvió al informe "*... los agentes encargados han visitado discretamente, como usted exigió, todas las azoteas, lavaderos, cuartos, bajos de escalera, accesorias, baches y locales tradicionalmente destinados a este fin, sin hallar muestras de actividad, ya no frenética sino siquiera somera. Alguna baqueta sin pareja, parches de bombo rotos, apuntes viejos de repertorios más añejos aún y restos de papelillos - oscuros, curiosamente - es todo lo que han podido encontrar en algunos de los registros – llamémosles así – realizados por el Barrio de la Viña, Santa María, Mentidero, etc...*". Aunque no existía ningún inventario oficial que registrara los locales de ensayo, López y Martínez, los funcionarios en el caso, habían sido muy aficionados al Carnaval y se conocían al dedillo ese submundo. "*... preguntados al respecto - con discreción, por supuesto – los vecinos sobre actividades recientes en dichos locales, ninguno aporta información relevante sobre el particular no habiendo creído conveniente para la investigación citar a nadie en Comisaría a tal efecto...*" Por supuesto. Sólo faltaría eso, que se filtraran noticias sobre redadas indiscriminadas contra los sufridos habitantes del casco viejo buscando pistas sobre actividades de las viejas agrupaciones de Carnaval. "*...respecto a las personas que aparecen en la primera lista anexa con orden de búsqueda y seguimiento el resultado ha sido más o menos el mismo: parece como si se hubiera tragado la tierra a todos los autores de letra y música, a todos los directores e incluso a la mayoría de los componentes de dichas agrupaciones. Según relató un confidente al subinspector Martínez, mientras desayunaba en la cafetería de la estación de RENFE- el confidente, no el inspector - creyó reconocer a algunos miembros de la extinta orquesta de uno de los principales coros que , según todos los indicios, emigraban de Cádiz con destino laboral incierto...*". Una extraña palabra, "**Cai-stellón**", brotó en la mente de la primera mujer que mandaba las fuerzas del orden. AESA, Delphi, Tabacalera... la sangría venía desde lejos, en los finales del siglo XX, y ninguna de las políticas industriales sucesivas había conseguido detener la hemorragia de población que la capital sufría en el último cuarto de siglo. Apenas setenta mil habitantes en una ciudad que rozó los doscientos mil era mucho perder. "*... en un atento recorrido por el centro de la ciudad ha sido imposible encontrar un solo comercio donde se ofrezcan máscaras, disfraces o los artículos de maquillaje tan necesarios para la fiesta que nos ocupa; los locales tradicionalmente dedicados a tal menester han sido sustituidos por bazares chinos y los escaparates de las demás tiendas lucen el morado cuaresmal por todo uniforme...*". Intentó recordar el Carnaval del pasado año o del anterior y descubrió con fatalidad que una niebla espesa, como de cera, cubría sus recuerdos y sólo podía, con

dificultad, evocar disfraces y coplas de cuando por el final del siglo correteaba por el Corralón al salir del Instituto. Recordó las noches de humo azul y cerveza en la calle La Palma. Los estribillos de las chirigotas “¡Y yo v’ia a hacer, y yo v’ia hacer...lo que diga mi mujer...!” se mezclaban, en una impúdica marea de copas, coplas y codazos, con las consignas “As-ti-lle-ros no se cierra”. Sin embargo, cada año que pasaba, la calle parecía hacerse más grande y con menos bombillas y menos barras en la calle hasta que....

“... no podemos afirmar ni negar nada, no es nuestra función, pero lo cierto es que tanto por nuestro conocimiento personal, por lo manifestado por el personal del teatro así como por los documentos consultados – planos del alzado, fotos de antaño ..- todo parece indicar que la planta denominada “Gallinero”, es decir la planta más superior de cuantas el teatro tuvo... ha desaparecido. Observado desde fuera, el edificio no parece manifestar variaciones significativas pero desde dentro es imposible encontrar el acceso a dicha ubicación. Y, además, no hemos podido comprobarlo pero así lo manifiesta con determinación el personal de limpieza de dicho coliseo, es persistente y reiterada una ligera lluvia de confeti oscuro sobre el patio de butacas en cualquier acontecimiento cultural que se celebra en febrero sin que el personal haya podido determinar la fuente de tan macabra broma....”

Al dejar de nuevo el informe sobre su escritorio, sus ojos tropezaron con el monitor del ordenador de sobremesa donde la versión digital del Diario de Cádiz hablaba de las goteras y los problemas de acceso a la ciudad por el túnel recién inaugurado, del empeño con que políticos jerezanos volvían a reivindicar la capitalidad e incluso se hacía eco – en tono claramente humorístico y la sección de sucesos - de los rumores sobre la mengua en las instalaciones del Gran Teatro pero por más que se sentó y navegó entre sus páginas no pudo encontrar una sola referencia a la fiesta que debía celebrarse en esos días. ¿Es que nadie recordaba ya...? De repente, como si de una revelación se tratara tuvo una idea y tecleó una dirección en la barra del navegador. Los titulares “El Periódico Mediterráneo” aparecieron con tonalidades furiosas en su pantalla. En la esquina superior derecha, un link con un hiperdesarrollado plumero y un matasuegras de estilo más clásico anunciaban el suplemento de carnaval. Bajo el, en titular de colores, una frase hirió el corazón de Rosario: “**Los gaditanos somos tan chulos que nacemos donde nos da la gana**”. Cuando abrió el artículo que se escondía tras tan desafiante entradilla leyó con desazón creciente las declaraciones de los componentes de la “**...primera chirigota formada en su totalidad por castellonenses de nacimiento, hijos de gaditanos emigrados...**”, que había montado el taco en el concurso del coliseo de aquella ciudad. “**El edificio modernista que alberga el concurso de agrupaciones carnalescas – seguía el artículo - desde hace apenas una década está adquiriendo por años, a decir de los expertos, características neomudéjares y un tono rojizo cuya visión hace llorar algunos veteranos autores afincados en nuestra ciudad...**” Lágrimas por lágrimas, pensó Rosario, las mías son más amargas.

Cerró el ordenador y al ir a colocar el expediente en el archivo definitivo sintió como la tapa de su medio tacón patinaba ligeramente sobre la pulida superficie del despacho. Una tenue alfombra de papelillos negros adornaba el recorrido entre su mesa, la ventana y el archivador que acababa de cerrar.